



BOLETIN OFICIAL ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE MENORCA.

Este BOLETIN se publicará ordinariamente una vez al mes, sin perjuicio de los números extraordinarios que disponga nuestro Ilustrísimo Prelado.

SE SUSCRIBE EN LA
SECRETARÍA DE CÁMARA.

PRECIO DE SUSCRIPCION.
UN AÑO 6 PESETAS

PARTE OFICIAL.

OBISPADO DE MENORCA.

NÓS, DR. D. JUAN COMES Y VIDAL,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA, OBISPO DE MENORCA.

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE NUESTRA AMADA
DIÓCESIS, SALUD Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam a dextris est mihi ne commovear.
Contemplaba siempre al Señor delante de mí, como quien está á mi diestra para contenerme.
Psalm. XV, v. 8.

Si todos los años al aproximarse la Santa Cuaresma, correspondiendo al espíritu de la Iglesia, os exhortamos, venerables Hermanos é Hijos Nuestros en Jesucristo, á volveros á Dios ó á unirnos más estrechamente á Él por la expiación y la penitencia, por el abandono del pecado y de sus ocasiones, por el recogimiento y la práctica de las virtudes cristianas, en el presente en que á los motivos ordinarios se agrega la necesidad de aplacar á Dios que tan severamente castiga nuestras prevaricaciones y las de la Nación con una guerra, compendio de horrores por parte de hijos ingratos que ensangrientan y asolan de una manera feroz una parte del territorio de su Patria, y con otras calamidades, por las que aún tenemos los ojos enrojecidos por las lágrimas, urge de un modo especial el deber de dirigiros en estos días nuestra palabra paternal.

Las apostasias repetidas y cada día más deplorables de nuestra nación, á costa de llevarla en pos del carro de una revolución impía que ha marcado su paso, amontonando ruínas en el orden moral y material; el haber sacado consecuencias prácticas del racionalismo, á pesar de su descrédito, destronando á la Religión Católica de la consideración oficial de que en todo tiempo había merecidamente gozado entre nosotros; y por último, el haber llegado al extremo de despreciar á Dios, prescindiendo de Él en las leyes, en la enseñanza, y en los actos más importantes de la vida, en lo cual se ha ido mucho más allá de lo que hicieron los pueblos paganos, han puesto el azote en las manos de Dios, para advertirnos nuestros extravíos y el deber en que estamos de desandar los malos caminos en que nos hemos perdido, volviendo atrás. Por esto, se hace preciso que lejos

de buscar cómo librarnos de los males que nos abruma por medios puramente ordinarios y naturales, sin acordarnos de Dios, lo cual completaría nuestra ruina y perdición, abominemos de los errores y extravíos que tantas luchas y trastornos han producido entre nosotros, postrando tristemente á esta tierra clásica de la Religion, en la que quieren tomar carta de naturaleza, avivemos nuestra fé y practiquemos fervorosos lo que ella importa, y sobre todo que, como remedio poderoso para la reforma de las costumbres y para la perseverancia en el bien obrar, elevemos nuestro pensamiento á Dios y vivamos siempre en su soberana presencia. Con ella compensaremos los menosprecios y olvidos de Dios, tendremos fuerza para perseverar en el cumplimiento de nuestros deberes, hasta conseguir la perfeccion cristiana y otras utilidades y ventajas para nuestra felicidad.

Por esto, despues de encareceros una vez más que purifiqueis pronto vuestras conciencias por medio de la digna recepcion de los Santos Sacramentos, que observeis las leyes del ayuno y abstinencia, que os abstengais de toda clase de diversiones profanas, vedadas siempre á un cristiano de conciencia delicada, pero especialmente en el tiempo cuaresmal, é incompatibles por otra parte con nuestro amor á los valientes soldados, hermanos nuestros, que están luchando entre mil penalidades y vertiendo raudales de sangre, esperando que ayudareis con ello, al propio tiempo que á vuestra santificacion, á conseguir de la divina misericordia que ponga término á los males presentes y haga lucir dias más felices, nos proponemos hablaros en esta Carta pastoral de la presencia de Dios y de las utilidades y ventajas que la acompañan, colocándonos junto á un bien

superior y librándonos de multitud de males.

En primer lugar, la presencia de Dios eleva el alma en el orden natural y en el sobrenatural, dilatando los horizontes de sus facultades. *Anda delante de mí*, dijo Dios á Abraham, *y serás perfecto*, como dándole en estas palabras un medio compendioso de todos los más eficaces para llegar á la perfección. Así como en la naturaleza observamos que los astros, de la luz del sol, en redor del cual giran constantemente, sacan la claridad con que brillan dentro de sí y en el firmamento é influyen en la tierra, así los hombres que consideran á Dios presente, penetrando hasta sus pensamientos más íntimos, resplandecen en su interior por las virtudes y en el exterior por su conducta conforme con los preceptos divinos, con lo cual dan buen ejemplo á los demás.

La presencia de Dios no es viciosa para el alma ni es una imaginación fugitiva que no deja rastro alguno; lejos de esto, tiene una eficacia que nada la iguala para elevar al hombre, lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural, haciéndole familiares las cosas más difíciles y dándole puntos de vista elevados, desde los cuales con prudencia y sabiduría descubre lo que muchos no han podido ver, contempla lo que no se creyó hecho para la vista del hombre y alcanza tocar cumbres maravillosas que se habían considerado inaccesibles á sus mayores esfuerzos. Y es que el que piensa en Dios y le desea, logra acercarse á Él, estudia sus grandezas y atributos y llega á poseer verdades que deslumbran y parecen superiores á la humana inteligencia.

Ved, V. Hermanos é Hijos Nuestros, con no escasa repetición, hombres ignorantes y sin cultura

alguna, mujeres que no han recibido instrucción, niños en quienes todavía no ha despertado la inteligencia, por el solo recuerdo de Dios, portarse de una manera admirable que está por encima de sus condiciones, y hablar con una profundidad de pensamiento que no habrían igualado los más esclarecidos doctores.

¡Cuán diferente es lo que sucede con aquellos que olvidados de Dios sólo se fijan en los cuidados de la tierra y en las cosas materiales y perecederas! Jamás logran elevarse sobre la vulgar realidad. Sus espíritus cortos de vista y de aspiraciones todavía más limitadas no buscan lo noble, lo grande, lo que puede enaltecerlos; llenos del mundo y de sus vanidades sólo sueñan y suspiran por ellas. Hijos de la materia viven dentro de ella, sin levantar poco ni mucho su mirada ante la Belleza suprema y el Bien infinito. En ellos podreis compadecer al hombre animal de que hace mención la S. Escritura, que no se inspira, ni siquiera alcanza y aún teme algo superior que pueda elevar su entendimiento y hacerle perder de vista la tierra y sus realidades materiales.

Corazones de metal ó de carne no salen jamás de aquello que se les parece, y en cualquier órden que se les considere, se les ve dominados por un positivismo egoísta, frios y secos, sin sentimiento alguno generoso, ninguna cosa les mueve ni admira, ni aún les late con más actividad el corazón ante una acción magnánima. Lo común, lo vulgar, el moverse en la tierra hácia un fin ignorado ú olvidado es suficiente para esos seres envilecidos. No han querido molestar ni siquiera hacer uso de su inteligencia; pero por lo mismo se han visto privados de los goces que ella les habria proporcionado con el recuerdo y la conversacion de

Dios, que es lo que alienta y engrandece al alma, y hace al hombre superior á las cosas de la tierra, le consuela en sus dolores y le sonríe con la esperanza de un porvenir dichoso.

— —

Sostiene al alma y la consuela. El hombre vive sobre la tierra como un desterrado, derramando lágrimas de continuo, siendo vanos é ineficaces para interrumpirlas cuantos esfuerzos se reúnan para hacer agradable nuestra estancia en el mundo. Cuando creemos haber fijado comodamente nuestra tienda, el viento de la montaña desciende impetuoso, la arranca y destruye; queremos reír y el llanto oscurece nuestros ojos; afinamos el instrumento músico que ha de acompañar alegres cantos y éstos se convierten en plañideras, como en otro tiempo sucedió al pueblo de Israel transportado cautivo á Babilonia. No, V. H. é H. N., no podemos esperar conseguir la felicidad en este mundo, ya que todo en él es inconstante y perecedero y junto no puede llenar el vacío de nuestro corazón, ni satisfacer á nuestra alma criada para Dios y no para vanidades, insuficiencias y pobreza.

Solamente el cristiano que eleva su corazón á Dios y procura conservar la divina presencia, se encuentra consolado en medio de las contradicciones y de los sufrimientos que la vida en este mundo importa; ya que solamente él puede alentar dulces esperanzas que inundan su alma de gozo.

Preguntad á cuantos con buen espíritu se han recogido en la presencia de Dios y en los grandes silencios del alma y abandono de todas las cosas de la tierra, y han presentado al divino acatamiento sus penas, amarguras y desfallecimientos, preguntadles si han encontrado algo más eficaz para vencer la tentación y la prueba, si han podi-

do entender que hay algo que sirva mejor para consolar el alma que la efusion de sí mismos al pié de los altares. Ved si una madre abatida por el dolor de la muerte de su hijo único no se levanta de la oracion más fuerte para el sufrimiento y más tranquila en su espíritu, alentada por el bálsamo de aquellos dulcísimos consuelos, que vanamente habria buscado fuera de Dios. ¿Qué corazon affligido y abrumado de penas no guarda de las audiencias solitarias de Jesucristo, en el Santísimo Sacramento, memoria de haber conseguido fortaleza y haber experimentado la restauracion á nueva vida? ¿Qué dolor no se ha mitigado? ¿Qué necesidad ha quedado sin socorro? ¿Qué llaga no ha sido curada por el recurso á Dios y los humildes clamores de piedad elevados á su misericordia? ¿Qué hay más sosegado despues de las grandes tempestades del alma que la conversacion íntima con Dios, que los lamentos atendidos, que las lágrimas aceptadas y recogidas en las manos clementísimas del mismo Dios y en las de sus ángeles? No inutilmente se complace Dios en ser llamado por la Iglesia *Consolator optime*, ya que oye á los que claman para atender á sus súplicas, y ninguno de cuantos son visitados por el infortunio y viven abrumados por las penas acude vanamente á Él en demanda de consuelos temporales y aún de goces eternos.

En cambio, ¿qué alivio podrán dar los hombres de la carne y del mundo á la madre que ha perdido á su hijo, á la persona cuya fortuna se ha hundido, al anciano que emprende el terrible viaje de la eternidad? ¿Qué consuelo darán á todos los que se ha dado en llamar desheredados, á los que experimentan las grandes miserias humanas, si no les dan la esperanza en Dios? Nada sabemos

que pueda sustituirla, y son demasiado pobres todos los hombres para arbitrar una compensación: ¿Irán á presentar delante de los que tienen los ojos enrojecidos por abundante y amargo llanto la fatalidad del destino, para conseguir una resignación forzada y ciega? ¿Les hablarán de la nada á que han de volver en el seno del ser universal del que ellos son un átomo y una manifestación inconsciente? ¿Les aconsejarán la diversión y el placer para ahogar las penas y el dolor del corazón? No habrá quien á tanto se atreva, porque sería rechazado con indignación. El que no pueda en tales circunstancias hablar de Dios, se apartará y ocultará, comprendiendo que nada puede decir que sirva de lenitivo al que sufre grandes é irreparables desastres, ya que sus palabras herirían en lo vivo y reproducirían, aumentándolas, las mismas llagas que trataba de curar.

Mas nosotros, A. H. en J. C., con el pensamiento de Dios y las esperanzas del cielo aliviaremos al pobre que sufre, porque su corazón está amargado de penas y su cuerpo cubierto de llagas, porque se encuentra privado de toda clase de bienes y goces y sólo sobreabunda en penas y tribulaciones. Levanta la cabeza, le diremos, y mira al cielo; todo vive allí, todo es hermoso y brillante. Vé á tu hijo como te sonríe desde los brazos de su Criador á donde ha volado, á tu hija que anda entre el coro de las Vírgenes que acompañan al Cordero sin mancha, á tu esposo que se encuentra allá para disponerte recibimiento. Ánimo, no desfallezcas, confía que en cuanto venga el momento en que puedas despojarte de la miseria y andrajos que ahora te cubren, te encontrarás con un vestido de transfiguración y de gloria que compartirás con aquellos que echas de menos ahora.

ponte en su presencia, colócate junto á su corazon, y allí encontrarás, con cuanto te falta, la plenitud de la felicidad.

El pensamiento y presencia de Dios ensancha el corazon y es otra de sus ventajas.

El hombre se enamora de todas las cosas que le rodean y se dirige á cada una de ellas para adquirirlas y poseerlas. Su corazon es un abismo sin fondo que nada del mundo puede colmar: salud, fortuna, reputacion, todo es poco para él, y cuando se persuade asombrado de que es imposible satisfacer la sed que le devora, frecuentemente se entrega á las pasiones más viles y bajas y se pierde en ellas, sin que logre adelantar en las satisfacciones ni en los placeres. El desgraciado que se engaña entrando por este funesto camino, arruina los sentimientos de su corazon por el sensualismo, como antes, escéptico y materialista, habia cubierto de tinieblas su alma; resultando de todo que cuanto hizo y cuanto ha soportado nada ha sido fructuoso; y sólo se da cuenta de muchos desengaños, remordimientos y disgustos. Como nunca se acordó de levantar el corazon á Dios, no puede ahora complacerse con su recuerdo, ni con la esperanza del rocío de gracias con que el Cielo llena de goces inefables á los que en él tienen su pensamiento y por él suspiran. Observad por el contrario, Venerables Hermanos, cómo aquellos que menospreciando las cosas de la tierra, fijan su corazon en Dios, en sus grandezas y en sus misericordias, y arraigan en su alma la divina presencia desde la juventud, crecen continuamente en el santo amor y en la viva caridad. Fijaos en los amantes decididos de Jesús, como San Francisco Javier y Sta. Teresa, y notareis qué ardoro-

sos latidos y suspiros los de su corazón, qué elevaciones, qué transportes, qué gozos. ¡Oh mundanos y codiciosos de los placeres, que sólo rendis homenaje á la carne y sangre, ¡cuán confundidos debeis hallaros al ponerlos en comparacion con los que adoramos á un Dios que es espíritu y verdad! Vuestros amores matan, los nuestros dan vida; vuestros transportes rebajan, los nuestros realzan y encienden la caridad que ha de conseguirnos un reino, donde sólo se conoce la pureza y la perfeccion.

Acaso llora el cristiano despues de haber recibido á Dios en la Santa Eucaristía, y llora el mundano en las fiestas y placeres materiales, no pocas veces cruelmente dolorosos; pero las primeras son lágrimas de ternura, propias de los que han sido favorecidos por la mirada amorosa de Jesús y revelan los delicados sentimientos del alma enamorada é inflamada en santos deseos de la Eucaristía; las segundas ningun móvil conocen elevado y puro, nada de las dulzuras y tiernos afectos del alma cristiana. El mundano nada sabe de esto, ni lo puede saber; ni siquiera se ha fijado en las bondades más palpables de la misericordia divina. Además, la grosería y sensualidad que respira son incompatibles con la elevacion y sublimidad de los misterios del amor divino, y con aquellas castas comunicaciones inenarrables, que, segun expresion del Apóstol, el ojo del hombre carnal no puede ver, ni el oido percibir.

La dilatacion interior que produce la presencia de Dios va acompañada de efectos sensibles muy marcados; en cambio el mundo vale tan poco para proporcionar alguna dicha al pobre corazón del hombre que busca reposo, que quien quiere disfrutarla verdadera y sin interrupcion debe

volverse precisamente á Dios. *Bondad suprema*, ha escrito San Agustin, venido de los extravios en que habia pasado la juventud, *yo te he conocido y amado tarde; pero entretanto sé que eres veráz y que á nadie engañas, y nada me podrá seducir ni apartar de ti.*

Ojalá que cada uno de los que están lejos de Dios y andan en caminos de perdicion hiciera la experiencia en sí mismo. Pronto se desengañaría, abandonando el precipicio en que los malos placeres le han sumergido; pronto se encaminaría á regiones superiores, donde se encuentran la pureza y la gracia, apartándose de las ocasiones del pecado, en que sólo ha sufrido amarguras y frecuentemente la pérdida de la salud del cuerpo, al mismo tiempo que la del alma.

La presencia de Dios robustece la voluntad, que no siempre está dispuesta á seguir la direccion del alma, ni las buenas inspiraciones del corazon; pues, como dice la Sagrada Escritura, *el espiritu está pronto, pero la carne es frágil*. La repugnancia á la lucha y á las dificultades del combate detienen á muchos de continuar en lo mejor, y la ley de los miembros, de que se lamentaba San Pablo, contradice frecuentemente las puras intenciones del alma y los castos atractivos de la virtud. Las obstinadas resistencias de la naturaleza á la sumision y á la obediencia son frecuentes y los desfallecimientos numerosos. ¿Quién no llora experiencias de debilidad y poca fortaleza? ¿Quién no ha vacilado ante la tentacion y ha sostenido siempre victorioso la lucha contra ella? La historia de cada uno de nosotros es el relato de una serie de pusilanimidades, vacilaciones y caidas. Donde quiera oireis clamar contra la poca firmeza

de voluntad, contra la flexibilidad, palabra hoy en uso para suavizar el calificativo que merecen ciertas condescendencias, indignidades y aún delitos, contra la falta de entereza en los que mandan y la ninguna docilidad y subordinación en los que deben obedecer; se echan de ménos los caracteres de otros tiempos, observándose una general decadencia en los nuestros.

Pues bien; ¿se quiere renovar á la humanidad y levantarla de la postración actual, así en este punto como en muchos otros? que se guarde la presencia de Dios, que los hombres se prosternen ante Él, que oren y mediten; con esto se logrará infundir la fuerza y energía en la vida y en el organismo. Cuando un alma débil y flaca tenga la vista de Dios y las contemplaciones del cielo, la vereis reforzarse, levantándose noble, magestuosa y fuerte, para emprender con diligencia lo que incumbe á sus deberes, siquiera ofrezca dificultades, y lo lleva á cabo con constancia heroica, si esta es necesaria.

Y si luego come el Pan de los fuertes y bebe el Vino de las grandes generosidades se pondrá plenamente vigorosa y transformada, y de cobarde que era tendrá valor para ponerse frente al peligro, y desde su desdichada flexibilidad que daba lástima se sentirá revivir, tomará resoluciones y realizará actos dignos que asombrarán á los que habian conocido y deplorado su enfermedad.

Es que el pensamiento en Dios produce necesariamente estos portentosos cambios y transformaciones, ya que su auxilio es apoyo y ayuda invencible; con sólo pronunciar el nombre de Dios se pone en huida y derrota á los enemigos; ¿qué será, pues, tenerlo en el corazón y vigorizar todos los actos, colocándolo al frente de cada uno de

ellos? Así es como podreis explicaros que delicadas doncellas y personas de toda condicion y edad se rian de los tiranos y de sus suplicios, y que aún cuando parecen no poder resistir el más leve soplo de contradiccion ni la más pequeña molestia, desafían las tempestades más violentas; la paja que transporta la más ligera brisa resiste con mayor firmeza y seguridad el huracan furioso que la añosa encina. Preguntad á los mártires, ¿quién les ha sostenido ante sus perseguidores y los tormentos? á tantas vírgenes tímidas, ¿quién les ha dado valentía para las obras de caridad y los sacrificios? á esos jóvenes que se consagran á Dios en la Religion y en el Sacerdocio, ¿dónde han aprendido el secreto de esa abnegacion que espanta á la naturaleza? á los misioneros, ¿quién les ha enviado á pueblos bárbaros que no reconocen á sus bienhechores, antes bien les persiguen, atormentan y llevan á la muerte? Y lo que es más heroico todavía, preguntad á esas almas que se crucifican á sí mismas, ó lo son por aquellos que debían formar su corona de dicha y felicidad, ¿dónde han encontrado la fuerza para presentarse con la frente serena y tranquila sonrisa en los labios? Todos ellos indistintamente os contestarán que han endulzado sus penas con el recuerdo de los sufrimientos que el divino Redentor ha llevado por nosotros, y que de ellos han sacado como una vida nueva y una especie de alegría que les hace amar lo que naturalmente deberian haber rechazado y temido.

El recuerdo de Dios es poderoso para dar alas á los que están aprisionados, agilidad á los que andan pesados, ligereza de ciervo á los que se arrastran penosamente sobre la tierra, y voluntad firme y decidida á los temperamentos flexibles y endebles.

Procurad, pues, venerables Hermanos é Hijos nuestros, buscar en Dios el resorte poderoso para realzar vuestras energías, encender el entumecimiento y debilidad que nos aflige para el cumplimiento de nuestros deberes, y conducirnos siempre y en todas ocasiones como cristianos prácticos, sin arredrarnos por los sacrificios, contradicciones y dificultades que esto nos importe.

La presencia de Dios es una salvaguardia no solamente para el cristiano sino para todo hombre dotado de algún sentido racional y moral, y puede servir poderosamente para su adelanto y perfeccionamiento hasta el punto más elevado. Ciertamente son muchas las ventajas que reporta la presencia de Dios en el fondo de la conciencia de aquel que la guarda habitualmente. Una fórmula sintética las puede reunir todas en una palabra: el que piense en Dios no se acordará de obrar el mal y andará á la luz de sus mandamientos, sin caer en el pecado, ni tropezar en los escollos contra los cuales se estrellan con tanta frecuencia los hijos de las tinieblas. De una manera general podemos, pues, decir que la presencia de Dios es un preservativo del pecado y la mayor garantía para la vida del espíritu contra la de los sentidos y las costumbres funestas que esta lleva consigo.

Preserva contra los instintos inferiores y puramente materiales. En primer lugar, podemos asegurar que el pensamiento en Dios, santo y útil entre todos, hará que quien lo tiene y vive bajo su benéfica influencia se vea libre de las vulgaridades de la vida real, de la ruin aspiración de las pasiones y de los intereses, de las insuficiencias del materialismo y de las prosaicas cuestiones de

una vida sin horizonte para el día de hoy y sin solución para el de la muerte.

En efecto, sabemos que la vida humana se forma de una serie de realidades muy dolorosas, de las cuales, bajo una ú otra forma, nadie puede librarse. El combate por la vida á todos alcanza; y el que debe soportarlo para ganar con el sudor de su rostro el pan para el día y el albergue para la noche, no es siempre el que lo lleva con más pena y dolor. Evidentemente ha de ocuparse en su comercio, industria ó profesion, pues Dios no quiere que el hombre, sea quien quiera, viva sin ocupacion y trabajo; pero no tampoco debe hacerlo como una bestia de carga, sin tener tiempo para levantar los ojos al cielo, que ha sido colocado sobre su cabeza como un consuelo y una esperanza. Hay para el hombre otros problemas de más entidad que los que afectan al tiempo y vida presentes, otros cuidados que los de la tierra, otros bienes superiores á los que no tienen permanencia y se pasan, por los cuales debe suspirar. Y ¿qué cosa más adecuada que el pensamiento y presencia de Dios para levantar el nivel comun en que tantos permanecen tranquilos? ¿Qué puede buscarse mejor para sacar al hombre de este mundo inferior que la vista del cielo? Nada para esto hay más propio que tener presente el soberano Bien que es nuestro supremo destino, y ha de servirnos de compensacion é indemnizarnos de las penas que hemos debido soportar, por no habernos podido contar entre los afortunados y dichosos de la tierra.

Pero aún cuando sólo fuera para librarnos de un positivismo humillante, deberíamos buscar á Dios, elevarnos hacia Él y vivir y descansar en Él; de esta manera nos veríamos libres de las mi-

serias del tiempo presente, escapáramos á las injusticias de los hombres y á las penas y quebrantos de toda suerte que proporciona el mundo; conseguiríamos que nuestros piés apenas tocaran la tierra, ni se mancharan con la iniquidad que la inunda. Levantar el corazón al Cielo y procurar que se cierne en lo alto es y debe ser la aspiración más noble del cristiano.

Las pasiones se encuentran dominadas por la divina presencia. Todo el mundo conoce y toca por una experiencia de todos los días que las grandes é irremediables caídas son el triunfo de las pasiones. El hombre siente constantemente los efectos del pecado del Paraíso; pues al mismo tiempo que se reconoce llamado á grandes destinos y á la plenitud de la perfección, necesita sostener una lucha tenaz, y aún cuando en ella triunfe, no por esto puede detenerse en el camino que le conduce á la muerte. Carne el hombre en su nacimiento y durante toda la vida lleva un yugo y obedece á una ley de la que difícilmente puede substraerse, amando no pocas veces esta misma servidumbre y aún sacrificando á ella los nobles instintos del honor y de la libertad que lleva en sí mismo.

Pues bien, dadle la presencia de Dios, y luego veréis que, con las suaves emanaciones que de ella se desprenden, ese hombre esclavo de sus pasiones entrará en el paraíso de pureza y de virtud. Verá los lodazales inmundos en que tiene propensión á encenegarse, y al lado de ellos las aguas vivas y puras en que puede purificarse con delicados aromas. Aquel que ha estado sumergido en la degradación y en el vicio, en cuanto limpia su corazón y su alma por la presencia vificadora de la

Divinidad, cambia enteramente su aspecto; su conciencia adquiere un sentido delicado que le hará huir del mal y dominar los instintos depravados que la tenían aletargada.

Hagamos una consoladora experiencia: traedme los que se han convertido, aquellos que se han purificado y conseguido victoria sobre sus pasiones, y vereis que dichosos se encuentran con el vestido de la virtud que han reconquistado; de vencidos y esclavos del vicio que eran, se han convertido en valientes y formidables guerreros, á quienes corona la victoria. ¿A qué se debe semejante transformación y triunfo? Escuchadles y sabreis que lo deben todo á la presencia de Dios, á la meditacion de sus misericordias y de sus juicios; han sido elevados hasta el rango de los que conservaron la blanca estola de la inocencia, porque desde el profundo abismo en que se encontraban dirigieron su mirada al cielo, clamaron humildemente en demanda de piedad y socorro, y la divina clemencia bajó hasta ellos para libertarles.

Dirigíos á la inocencia preservada y á la virtud que no necesita reparaciones, y preguntad á doncellas candorosas, á jóvenes puros que llevan en sus manos hermosos lirios, expresion de una vida immaculada: ¿dónde habeis conseguido la fuerza y los medios para conservar la inocencia bautismal? Ellos contestarán á los de toda edad, sexo y condicion, sea cual fuere el estado en que se hallen: nosotros hemos encontrado en la presencia de Dios el secreto de pasar por las llamas sin quemarnos, de atravesar el torrente de lodo que corre á nuestras plantas sin mancharnos, de vivir en medio del vicio sin que nos alcancen sus fétidos vapores, de alternar con los pecadores sin imitarles, de llevar vasos frágiles sin

que se rompan en nuestras manos como en las de otros.

Sí, venerables hermanos é hijos nuestros, la presencia de Dios es un principio de fuerza y energía que permite superar las tentaciones en que tantos sucumben y el secreto de nuestras victorias. José, el hijo de Jacob, recordando á Dios y temiendo desagradarle, venció á la tentación; y de la misma manera podremos tambien nosotros, guardando la divina presencia, despreciar los atractivos del pecado y librarnos de las redes que el enemigo nos tiende: podrá costarnos el sacrificio de abandonar la capa de las conveniencias temporales y aún de la vida; pero en cambio salvaremos nuestra alma, la cual en el cielo disfrutará del principado que el triunfo le ha merecido.

Si la concupiscencia de la carne halla remedio en la presencia de Dios, el orgullo y el exagerado apego á los bienes de la tierra encuentran tambien su correctivo y antidoto. Porque, ¿de qué puede gloriarse y enorgullecerse el hombre en la presencia de Dios, deslumbrados sus ojos por los brillantes esplendores que tanto destacan la miseria del mortal? ¿Qué puede codiciar despues de entender que Dios es el Ser Supremo, que sólo Él es grande, amable y deleitable? Solamente quien jamás haya levantado la vista al cielo, puede apetecer las cosas de la tierra; solamente no habiendo experimentado el amor divino, puede apegarse á la nada fugitiva.

Es una de las grandes plagas de la humanidad, y por cierto de las más incurables, el querer cada uno de los hombres subir, dominar y conseguir la primacia. Si esto no se hace en una forma, tiene lugar en otra: uno persigue la gloria, otro una po-

sición eminente, aquel acumula tesoros y se hace esclavo de la avaricia; á todos seducen el mundo, la fama y las ventajas de la fortuna. ¿Á dónde no llegaré yo? repiten con el espíritu de las tinieblas; y así se afanan en levantar el edificio, objeto de sus pretensiones, ambición y delirio; pero al fin sucumben en su ingrata y con frecuencia dolorosa tarea, ó bien cuando creen haber llegado al término de su propósito, se hunde cuanto de una manera culpable se habia edificado.

Pero demos que lleguen al término de sus aspiraciones, que logren conseguir un nombre célebre, que adquieran riquezas cuantiosas, que lleguen á ocupar los primeros puestos en el gobierno de los pueblos y sean objeto de la aclamación de aquellos a quienes oprimen; pero con todo esto no consiguen verse satisfechos, queda un vacío grande en su corazón, y, como Alejandro Magno, lloran por que el mundo es demasiado pequeño para satisfacer sus aspiraciones.

Sólo cuando Dios es quien dirige nuestras operaciones, se puede construir con solidez, y nos es dado disfrutar las ventajas de las obras que hacemos, sin experimentar fracasos y decepciones. Si el cielo es el objeto de todos nuestros esfuerzos y esperanzas, nunca quedaremos defraudados. Tened la seguridad de que nada serio y estable conseguireis sin deteneros ante Dios y contar con su ayuda, sin subordinar á su grandeza la prosperidad y encumbramiento que estais persiguiendo. *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam.*

Vosotros, venerables hermanos é hijos nuestros, que quereis permanecer en la verdad y alejaros de los humos del orgullo y de las seducciones de la avaricia, volved á Dios; su esplendor y gloria

os hará dichosos, su bondad colmará con superabundancia todos vuestros deseos. Sois hijos de Dios, herederos de su reino por los méritos de Jesucristo; procurad, pues, la vida sobrenatural que se os hace indispensable para conseguirlo. Cuanto puedan solicitar vuestros deseos debe venir subordinado á la consecución de la felicidad eterna.

La presencia de Dios aleja la tristeza y desaliento del alma. La vida es un combate continuado en el que no tarda en presentarse el decaimiento por nuestra parte. Subid á las más altas posiciones sociales, descended á las más humildes, en todas partes encontrareis el sufrimiento: todas las criaturas lloran y algunas muy amargamente. Así lo ha dispuesto Dios para que no se apegue demasiado nuestro corazón á lo que sólo tenemos de paso; así lo ha decretado para que expiemos el pecado del primer hombre y los nuestros propios, y para que no pareciéndonos soportable el destierro, no nos olvidemos de la patria. Todas las criaturas gimen en este camino de la vida eterna y gemirán hasta que vuelvan á Dios, el único que puede calmar sus penas y satisfacer sus deseos; pues los encantos y atractivos que puede ofrecernos la tierra van mezclados con las enfermedades, las tristezas y angustias de toda clase, abatiendo de tal manera el espíritu que algunas veces le causan gran dolor el peso de tantos males y el retardo en conseguir la realización de nuestras grandes esperanzas.

¿Quién, pues, nos evitará ó dará remedio contra todos esos sufrimientos? La presencia de Dios, el refugio al seno de su amor y el amparo de su misericordia. El pensamiento de que todo lo de acá sólo dura un instante y debe ser seguido de gozos

eternos, que coronarán las tribulaciones presentes; la esperanza de un reposo y de una dicha que no ha de sufrir turbación alguna; la certeza de que saliendo vencedores de las pruebas, conseguimos méritos que próximamente nos serán premiados; todas estas consideraciones nos dan valor, fortaleza y estímulo en las contrariedades. Dios ha permitido el sufrimiento; pero lleno de benignidad ha puesto á su lado el bálsamo de tales consuelos, que quien reflexione no puede querer que sea de otra manera. Dios permite los males que sufrimos; pero con la esperanza del cielo los sobrellevamos sin desesperación y sin irritarnos contra la justicia divina, lo cual no sería posible si solamente nos tocara padecer y morir sin ulteriores destinos. Ver á los otros, con frecuencia los peores, disfrutar de los bienes y ventajas de la vida, de los cuales acaso se han apoderado injustamente; encontrarse pobre y desnudo en frente de la opulencia y del lujo; principiar el trabajo en el campo, en el taller ó en la mina á las primeras horas de la mañana y continuarlo fatigosamente y sin tregua hasta la noche, viendo que otros explotan sus sudores; tener una familia numerosa, sin poderle dar comida, ni vestido, ni albergue, no hay quien lo soporte, si no se acuerda de Dios y de las compensaciones que habrá en la eternidad. El hombre necesita consuelos y esperanzas; sin ellos sentirá turbársele el corazón y cederá á las sugestiones para participar, por cualquier medio, de los bienes de la tierra, ó para lanzarse, por hacérsele intolerable la existencia, á la desesperación y al suicidio.

¡Oh! ¡cuán perniciosos y funestos han sido á la humanidad aquellos hombres que han combatido á Dios, y que desde algunos siglos trabajan, con

esfuerzo digao de mejor causa, para borrar su nocion de las leyes y de las costumbres y aún del corazon del pobre y del que sufre y gime en el infortunio. ¿Cómo podreis contener sus imprecaciones y atentados, si les privais de Dios y de la Religion?

Por último, la presencia de Dios nos libra del terror de nuestras postrimerias. Que hemos de morir y pronto, es sabido de todos; y si hay quien mire á la muerte sin temor alguno y aún sin espanto, no podemos participar de la misma imperturbabilidad: la incertidumbre del porvenir, ya que nadie, segun el Apóstol, sabe si es digno de ser vaso de honor ó de ignominia, y la severidad de los juicios de Dios nos llenan de espanto. La Iglesia llama al dia de nuestro juicio dia de ira, de calamidad y de miseria, y el recuerdo de estas palabras es suficiente para que acaben las orgias y las fiestas mundanas y palidezcan cuantos en ellas toman parte, como el rey Baltasar ante las que una mano misteriosa escribió en la sala del festin. Además, la muerte no necesita introductores ni de que se la invite: se presenta de improviso y manda con imperio irresistible. Y despues de la muerte viene el juicio, en que formarán pieza de cargos todos los actos culpables, aún aquellos que se han ocultado ó disimulado á los hombres y son manifiestos á Dios que con su mirada escudriña los corazones, y á lo que resulte del proceso se acomodará la sentencia definitiva é inapelable. ¡Ay de aquel á quien alcance la de condenacion al fuego eterno! Oirá la hora de su entrada, pero no la de su salida: se abrirá la puerta de aquel lugar tenebroso, donde hay llanto y crugir de dientes, pero despues de haberse cerrado no volverá abrirse

jamás. Es, pues, imposible mirar con indiferencia y sin cuidado ó mejor sin espanto la muerte y el juicio. Obremos con prudencia y sabiduría, oyendo constantemente las trompetas del juicio y temblando ante las amenazas de la justicia divina que ellas nos anuncian, y conduciéndonos desde ahora de tal suerte, que no tengamos que experimentar el abandono de Dios.

¿Quién podrá, venerables hermanos y amados hijos, soportar el pensamiento de las postrimerías, sin esperar en Dios y en su infinita misericordia? ¿Quién se atreverá, sin extremecimiento, á preguntarse si será en aquel día digno de amor ó de odio, si se encontrará con las ovejas ó con los cabritos? Se trata de grandes intereses, de la salvación ó de la condenación de nuestra alma, de una alternativa que no tiene medio y ante la cual no es posible la sangre fría de la indiferencia y de la incredulidad en el hombre que medita, en el hombre que tiene á Dios siempre presente. Porque la divina presencia nos obliga á volvernó á Dios, á echarnos en sus brazos y á confiar en su misericordia, para que suavice y endulce la perspectiva terrorífica de nuestras postrimerías, destruyendo los temores de la naturaleza, cuando ésta se encuentre próxima á su disolución, con la viva esperanza del cielo que hemos de conseguir luego. Por esto la muerte es deseada por los justos; su día, como la Iglesia lo dice de los Santos, es el del nacimiento á la vida eterna. Ved cómo considerada la muerte bajo este aspecto deja de ser formidable y espantosa, presentándose por el contrario como el momento dulce y apetecido de abandonar el cuerpo mortal y esta tierra de destierro, para volar á la eternidad bienaventurada, á la visión intuitiva de Dios, feliz resultado y recompensa merecida por

la vision y consideracion del mismo Dios por medio de la fè acá en la tierra.

Tales son, venerables hermanos ó hijos amados en Jesucristo, las grandes y transcendentales ventajas y utilidades que reportamos de la presencia de Dios, tan repetidas veces inculcada en las Sagradas Escrituras, tan recomendada por los Santos Padres, tan practicada por los varones más eminentes en virtud y santidad y, como habeis podido reconocer, tan conveniente y hasta necesaria para el remedio de los graves males que afligen á los individuos, á las familias y á los pueblos de la sociedad actual. Ahora, con mucha más razon que en tiempo de Ezequiel, cuando este profeta reprendia los vicios y pecados de Jerusalem, podemos exclamar que la causa de todos los males que padecemos, castigo merecido por nuestros pecados, infidelidades, ingraticudes y apostasias públicas y privadas, es sin duda el habernos olvidado de Dios, el desprecio sistemático, y por ende mucho más criminal, que se hace de Dios, el alejamiento cada dia más pronunciado de Dios que se nota en los individuos y colectividades, prescindiendo completamente de Él, como os deciamos al principio, en todos los organismos y manifestaciones de la vida. Indicado queda, pues, el remedio; pero remedio único y eficaz para la salvacion de nuestra sociedad. Volved á Dios, amados hijos Nuestros, y andad continuamente en su soberana presencia; que Dios sea el principio generador de vuestros pensamientos, deseos y aspiraciones; que Dios sea el medio preferente con que conteis para realizar todas vuestras empresas, que Dios sea el fin principal á que se dirijan todas vuestras acciones; que por Dios gobiernen las autoridades á los pueblos,

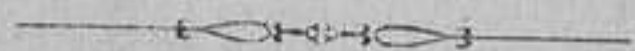
y por Dios obedezcan los pueblos á las autoridades; que en Dios halle el rico la ley de la caridad y el buen uso de sus bienes, y en Dios halle el pobre la resignacion, el consuelo y la más firme esperanza de la eterna felicidad; que ante Dios se contenga el pecador en la carrera de sus desórdenes, y ante Dios se estimule el justo para adelantar en el camino de la perfeccion; que en el santo temor de Dios eduquen los padres á sus hijos, y miren éstos en aquellos á unos verdaderos representantes de Dios; en una palabra, amados Hijos en Jesucristo, andad todos continuamente en la presencia de Dios; y reformadas por este medio las costumbres de los individuos, de las familias y de los pueblos, Dios se moverá á clemencia y perdon, cesarán los grandes castigos que nos afligen, reinarán entre nosotros la paz y felicidad posibles en este mundo, preludio de la dicha absoluta é inalterable del cielo, de la que sea prenda la bendicion pastoral que con todo el afecto de Nuestro corazon os damos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo. Amen.

Dada en Nuestro palacio episcopal de Ciudadela, á 9 de Febrero, Dominica de Sexágesima, de 1896.

† JUAN, OBISPO DE MENORCA.

Por mandado de S. Sria. Ilma. el Obispo, mi Señor, Dr. Lino Singla, Cuantre, Srio.

Dése lectura de la Carta-Pastoral que precede en el ofertorio de la Misa mayor de todas las parroquias del Obispado, en dos Domingos consecutivos, inmediatos al recibo de la misma.



SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO
DEL OBISPADO DE MENORCA.

Deseando Su Sria. Ilma. el Obispo, mi Señor, facilitar á todos sus diocesanos el cumplimiento del precepto pascual, faculta á todos los Rdos. Confesores para que durante esta Cuaresma y el cumplimiento pascual con sus resultas, puedan absolver de los reservados sinodales y de los que se hacen tales cuando concurren las circunstancias que señalan los autores. Asi como por delegacion Apostólica autoriza S. Sria. Ilma. á los mismos confesores para habilitar *ad petendum debitum* con las condiciones y fórmulas ordinarias.

ÓRDENES GENERALES.

Habiendo Su Sria. Ilma., el Obispo mi Señor, determinado conferir, con el favor de Dios, Órdenes sagradas, el dia 21 del próximo Marzo, Sábado de la Dominica de Pasion, se previene á los ordenandos que se hallen en el caso de poder recibirlas presenten por todo el dia 29 del actual en esta Secretaria sus respectivas solicitudes, acompañadas de los documentos que se prescriben en el *Edicto para órdenes*, inserto en el número 2 de este BOLETIN.

Los exámenes para admision á Órdenes tendrán lugar el dia 5 del referido mes de Marzo en este palacio episcopal.

Ciudadela, 17 de Febrero de 1896.

DR. LINO SINGLA, Chantre, Srio.

TOMA DE HÁBITO.

En el día 12 del actual, vistieron el Santo Hábito de las Religiosas del Convento de Santa Clara de esta ciudad las jóvenes D.^a Ana Cavaller y Casasnovas y D.^a María Capó y Pons, naturales de esta, y destinadas para religiosas de Coro la primera y de obediencia la segunda. Apadrinaron respectivamente á las citadas jóvenes los M. I. Sres. Dean y Doctoral de esta Sta. Iglesia Catedral, siendo celebrante en tan tierna ceremonia, por delegacion del Ilmo. Sr. Obispo, el M. I. Sr. D. Roque Coll, Canónigo Magistral, quien dirigió á las nuevas religiosas una muy importante y oportuna plática.

De una cartilla publicada recientemente por la Comisaria General de Cruzada transcribimos, para conocimiento y utilidad del Clero y fieles de la Diócesis, las siguientes notas:

Por el Indulto Cuadregesimal no están dispensados de la abstinencia los regulares que por votos especiales están obligados á guardarla, como tampoco los sacerdotes, así seculares como regulares, el lunes y martes Santos.

En virtud del mismo, no se puede promiscuar en días de ayuno y domingos de Cuaresma.

Las Bulas no aprovechan sino á los que dan *espontáneamente* la limosna que les corresponda, *según las clases á que pertenezcan*. La Bula es *individual*, y no es bastante el *propósito* de tomarla para usar de sus privilegios. De éstos no se goza hasta dar la limosna y escribir en ella el nombre del que la tome, como señal de *aceptación*.

La Cuaresma es el único tiempo en que están prohibidos los huevos y lacticinios.

En cada pueblo debe haber uno ó más cepillos en que se depositen las limosnas de Conmutación de votos, de los cuales dispondrán los Rdos. Prelados en favor de los santos fines de Cruzada.

En caso de temarse dos Bulas, la segunda será de igual clase que la primera.

Como que la Bula es *individual*, no puede servir la del cabeza de familia más que para sí, y no para su esposa, hijos, dependientes ni domésticos.

No se pueden conmutar por la Bula los votos *simples* hechos en Institutos aprobados por la Santa Sede.

Para que el beneficio que concede la Bula de composición, puedan obtenerlo los que posean alguna cantidad sin perfecto derecho, ó hayan cometido fraudes en sus negocios, es preciso que, además de tener la Bula de la Santa Cruzada que á su clase corresponda de la predicación corriente, reúnan las siguientes condiciones:

1.^a Que la cantidad mal habida no se adquirió con la esperanza de la Bula.

2.^a Que después de practicadas cuantas diligencias han estado á su alcance, resulta imposible la debida restitución.

Por una Bula se consigue la composición de 14,71 pesetas; y por cincuenta, que es el máximo que puede tomarse de una predicación, se obtienen 735,50 pesetas, en la Península é Islas adyacentes, en armonía con el art. 10 del Reglamento vigente.

Si es mayor la composición que se desea alcanzar, podrá el sujeto, ocultando su nombre, ó el confesor á sus ruegos, dirigirse al Emmo. y Rmo. Sr. Cardinal Comisario de Cruzada, por medio de una sencilla exposición, solicitando la gracia que desea.